

El arte de quedarse

Por Erik Silva



Hace unos días, en una sobremesa surgió una inquietud: en esta época la gente no quiere comprometerse de lleno en

una relación. Sonreí con cautela, porque la afirmación no era ligera: contenía la melancolía de quien ha visto puertas cerrarse antes de tiempo. Quizá el problema no está en la falta de compromiso como tal, sino en los valores que anteceden a esa búsqueda. Muchas veces llegamos al encuentro con las manos vacías de lo que verdaderamente sostiene un vínculo. Comprometerse no es prometer eternidad; es aprender a elegir todos los días. Y para eso se necesita más que atracción o entusiasmo inicial: hace falta respeto, admiración, consideración mutua, la paciencia de aceptar las grietas y la voluntad de quedarse

incluso cuando el viento sopla en contra. Si uno está dispuesto a ofrecer eso, lo más probable es que atraiga a alguien con la misma disposición. No porque el mundo reparta premios justos, sino porque las afinidades se reconocen en el modo de estar, no en las palabras dichas al inicio. Muchos ven el amor como un refugio para escapar de la tormenta, cuando en realidad debería ser el espacio donde se construye un techo juntos. Si alguien entra buscando solo resguardo, huirá cuando el clima cambie. Solo quien entra con la intención de crear, de trabajar la madera y el barro de lo cotidiano, se queda, incluso cuando la tormenta arrecia. El compromiso no florece por decreto, sino porque dos personas se reconocen cómplices y deciden, con los recursos que tienen, resistir la tentación de lo inmediato. El amor, en su versión más

profunda, se parece a un árbol. No se planta para que dé sombra al instante. Hay que regarlo, cuidarlo, aceptar que en invierno parecerá muerto y aun así sostener la confianza de que volverá a brotar. Hoy, más que nunca, necesitamos recordar que no todo lo que vale la pena se construye rápido. No se trata de encontrar a alguien que nunca se vaya, sino a la persona que, aun pudiendo hacerlo, te elija de nuevo cada día. Eso no es cuestión de suerte, sino de lo que cada uno pone en la mesa. Al regresar a casa, me quedé pensando: tal vez la dificultad de comprometerse hoy no sea distinta a la de siempre; lo que cambia son los nombres de las excusas. En el fondo, lo esencial permanece: el arte de quedarse. Y quien aprende a cultivarlo atrae, tarde o temprano, a alguien dispuesto a compartir esa obra común que da sentido a la vida.

